

## LOS ZAPATISTAS TIENEN LA PALABRA

Eugenia Meyer

Archivo de la Palabra-INAH

Hablar de Zapata, del zapatismo, es referirse simultáneamente al ancestral problema del pueblo de México: la tierra. Es sin du da referirse al despojo, la injusticia, la explotación, el trato - esclavista o feudal que ha sufrido -en diferentes períodos de nues tra historia- el campesino mexicano. Es, en fin, hacer conciencia de una realidad cruel y constante.

Por ello, quizá el zapatismo como tema de análisis, parece -- siempre vigente, siempre dinámico, y a fin de cuentas termina por ubicar al investigador en una situación muy complicada si, compro metido ideológicamente, intenta la reflexión y el análisis objetivos.

De hecho, el proceso de la lucha zapatista es un problema que cala con profundidad por su vigencia. Porque aunque quisiéramos - apartarnos para mirarlo a distancia como objeto de estudio, sería imposible, ya que el zapatismo no puede ni debe concebirse tan sólo como el movimiento que surge en Morelos en los albores del presente siglo para extenderse, comprensible aunque paradójicamente, en algunos de los estados del centro-sur de la República. Porque el zapatismo es sin duda la gran constante del proceso revolucionario de 1910; porque se convierte en el símbolo de una lucha que no se doblega, que no se quiebra y porque es el único intento, que a lo largo del trágico decenio revolucionario, se mantuvo como bandera de los campesinos despojados o desterrados.

Es indudable que las propias limitaciones de dicho movimiento campesino, su regionalismo, su dependencia de un liberalismo meramente reformista, no disminuye en un ápice la importancia que tiene como meollo de la lucha popular.

Cualquier consideración sobre el movimiento armado de 1910, - entendido éste como un proceso democrático-burgués, debe distin---

guir con claridad entre el planteamiento meramente político y el de "la otra revolución": la del campesino y el incipiente proletariado mexicano. Esta dicotomía no puede dejarse de lado en la evaluación de los recursos con los que cuenta el investigador en ciencias sociales; los cuales, como fuentes, determinarán el estudio mismo - que pueda llevarse a cabo.

Empero, las fuentes hemerográficas, bibliográficas o documentales han sido tratadas, maltratadas o mutiladas por la literatura -- oficialista, que no siempre llega a ser historiografía.

Es indudable que la clase en el poder busca la forma de justificar su ascenso e instalación en el mismo. Esto es privilegio del triunfador. Por ello se disfrazan verdades, episodios, acontecimientos triviales o trascendentales, de tal suerte que "la historia les haga justicia".

Así tenemos que de los documentos originales de un período, de la correspondencia, de los archivos, etc., llega a nosotros una -- fracción de la verdad, de una verdad. Por ello recurrir a otro tipo de fuentes parece fundamental, especialmente cuando en búsqueda de una objetividad se pretende conquistar el campo, a veces ignorado, de los antecedentes perdidos u ocultos.

La historia de la Revolución Mexicana no escapa a este tipo de condicionantes; de ahí la necesidad de reflexionar detenidamente sobre el rescate y el uso y valor que se dé a los diferentes materiales.

Si la "otra revolución", la del pueblo, "la de los vencidos", debe aflorar para que el balance sea justo, debemos acercarnos de -- manera directa a ellos, a la versión y al testimonio del pueblo, de la masa, e intentar la construcción, creación y reafirmación de -- otro tipo de fuentes, con una real preocupación por escuchar, rescatar y salvaguardar una información que de otra suerte se perdería. El testimonio directo, individual, la memoria colectiva de un grupo de hombres o mujeres que recrean una experiencia, constituyen en su totalidad materia esencial para el investigador.

Vale advertir, aunque sólo sea de paso, que al hacer un análisis sobre las fuentes con las que el historiador cuenta al ocuparse de Zapata y del zapatismo, se perciben tendencias maniqueas, deformaciones y apreciaciones muy particulares: de una hemerografía e historiografía profundamente condenatorias, se va a otras que pretenden comprender el problema, o a las que convierten el concepto mismo en un hecho casi legendario o mitológico, alejándolo de toda valoración realista. Finalmente se llega hoy a la concepción teñida de ideología, según la cual el Zapata histórico viene a ser una explicación totalizadora de lo que al inicio advertíamos como el --viejo problema de la tierra en México.

Creemos que desde los loables esfuerzos de Magaña, Sotelo Inclán, Chevalier, hasta la obra más sólida de Womack o el fundamental análisis de Millon, el problema campesino, encarnado en Zapata y los zapatistas, ha sido preocupación central.

Parecería, sin embargo, que los que menos han dicho, han sido los propios campesinos.

Sin duda no es nueva esta preocupación de rescatar la versión directa, de primera mano, salvaguardar la información de estos hombres que lucharon, sufrieron y que quizá siguen esperando la realización de sus ideales. Hay esfuerzos individuales, colectivos, particulares e institucionales que deben recordarse, tales como el trabajo constante y conmovedor de Francisco Juliao, que trasplanta su preocupación por el agro brasileño a la zona de Morelos, o el esfuerzo fructífero y oportuno de Rosalind Weimler con los firmantes del Plan de Ayala, hasta el esfuerzo institucional del Archivo de la Palabra, o el muy particular de Beatriz Cano, por rescatar el --"zapatismo" marginado, olvidado de Domingo Arenas y los arenistas -- en Tlaxcala. Todo ello conduce a una revaluación de la importancia que tiene escuchar, dejar hablar, darles la palabra precisamente a los zapatistas. Fortalecer su derecho a opinar, recordar y replantear el pasado a la luz del presente, en situaciones en las cuales el historiador se convierte en instrumento de preservación de la -- historia y su proceso. Porque la preocupación por rescatar la historia de vida del hombre común o la memoria colectiva de un grupo --

de hombres que vivieron ese pasado determinado, no se supedita tan sólo a lo que históricamente podrían definirse como hechos trascendentes, sino muy especialmente, a la vida cotidiana de los campesinos, como grupo social diferenciado.

Así, de la narrativa individual se desprenden detalles del suceder diario, de una información fundamental en lo que se refiere a los cambios habidos en el ámbito de la conciencia; se destaca "el mecanismo de formación y transformación de las actitudes, opiniones y aspiraciones; permitiendo captar la personalidad en sus manifestaciones ambientales, ayudan a comprender (con ello) mejor el sistema de los valores aceptados por los diferentes individuos, grupos y medios, así como las motivaciones de su comportamiento". (1)

Porque ¿quién mejor que los propios campesinos para contarnos, dibujarnos la rutina diaria, la faena del campo, las preocupaciones de la familia que debe encontrar los medios de subsistencia? ¿Quién mejor que los campesinos para explicarnos las razones de su incorporación al movimiento zapatista, o su percepción del caudillo, o la forma de explotación en las haciendas? ¿Quién mejor que ellos para darnos las pautas sobre las cuales estructurar las interpretaciones?, para darnos la infinita serie de peculiaridades que a veces la investigación de gabinete o el documento peinado o pulido desprecia.

Hay que dejar, pues, que hablen los zapatistas:

Muchos de los recuerdos de estos hoy ancianos, se remontan a su adolescencia, durante el porfirismo, en que advierten:

"Nos bajaban a fuerza a trabajar a la finca, y como el gobernador del Estado era un compadre de Don Porfirio, usted ya sabe... Es decir, llegaban los que les decían rurales, y a quienes no querían venir, los agarraban, los "traían", a cola de caballo... A mí me bajaron como de unos catorce años, o trece, porque estuve trabajando cinco años en el campo. Nos levantaban por ejemplo a las cuatro de la mañana en punto, a las cuatro y media teníamos que estar cantando 'El alabado' y a las cinco nos repartían para los campos que nos tocaban." (2)

"Nos dedicábamos a trabajar el campo, usted sabe, que el campo sino tiene época de preparar el terreno para sembrar, después la -- limpia, la segunda la pizca; corta el zacate, se siembra el trigo, chícharo, haba, en fin..." (3)

"Los chamacos como yo, nos pagaban 25 centavos en el día. -- Seis días, el séptimo, bueno, ni se conocía entonces la cosa de que se pagara. De nuestras casas nos mandaban itacates, que decimos; -- unas tortillas así gruesas y todo, lo calentábamos allí, a la hora que nos daban permiso para comer." (4)

Así llegó 1910 "cuando los maderistas se levantaron, nosotros nos dimos cuenta, porque llegó allí el señor general Genaro Amezcua y habló... yo estaba trabajando, pero hubo muchachos que estuvieron, entonces llegaron y me dijeron; ya después empezamos a saber y a sa-- ber, hasta que por fin en 1913, antes de que mataran al señor Madero, nos llegó un Plan de Ayala, en una forma pues incógnita ¿verdad?, a escondiditas. Entonces vimos y dijimos que aquí está nuestra sal--  
vación".

"El plan nos lo leyó (y lo que me llamó la atención), pues fue la cuestión de las tierras, porque nosotros no podíamos sembrar sin permiso del hacendado, entonces dijimos: bueno, pues ésta es nues-- tra salvación... Y ya desde entonces fui zapatista, porque vimos -- en el general Zapata al autor de la cuestión del Plan de Ayala..." (5)

Nos unimos a él "porque era la causa más noble, sencillamente, porque es cierto, allí no había imposiciones, ...allí a los trabaja-- dores nos trataban bien, allí se respetaba a la gente. En una pala-- bra, aquí ya la cosa estaba muy delicada, aquí ya no había garan--  
tías, aquí las únicas garantías que valían era que llevara usted -- una recomendación de un hacendado, de un potentado..." (6)

Pero, si la causa parece justa, el personaje resulta la clave de la incorporación: "con Zapata se fueron montones de personas -- que fueron muy zapatistas y que de agraristas no tuvieron pero ni -- la G". De hecho, "nos unimos a él sencillamente porque después de escudriñar el por qué, en qué bando nos levantaríamos en armas, des--

de su origen llegamos a la conclusión, analizando la personalidad - de cada grupo, llegamos a la conclusión siguiente: Carranza, según corrían los rumores en ese tiempo, ya se iba a sublevar en contra - de Madero, en una palabra, ese era de origen porfirista, porque había sido senador o no sé qué puestos había ocupado con el gobierno de Don Porfirio Díaz. Era un viejo reaccionario para mí, y naturalmente pensamos que iba a luchar por aquello de 'quitate tú para ponerme yo', esa era la mera verdad. Si era Villa, aunque favorecía mucho a las clases bajas, al pueblo, al que le faltaba qué comer... en realidad no tenía una razón social verdaderamente definida, una bandera que fuera un motivo de convertirse en bandera social." (7)

"Zapata fue el ídolo y el caudillo del pueblo, fue quién nos - hizo revolucionarios... Zapata era un guerrillero, sí, pero un hombre que oía al pueblo... Si mucha gente se hubiera dado cuenta de la calidad de ese hombre, yo creo, sin temor a equivocarme, que no he visto hombre más sensato para oír las cosas..." (8)

Parece, que la concepción del hombre, de Zapata, rebasa los límites y los intereses de los campesinos, porque incluso de la ciudad se le incorporó gente, "por la simpatía que me causó. Zapata - era un campesino que había trabajado de diferentes maneras: vendiendo ganado, cultivando tierras, en fin, haciendo muchas cosas y cuando estuvo en Tlatizapán ya empleado de Ignacio de la Torre, lo trajo aquí a México y entonces estuvo en contacto con la gente adinerada y se dió cuenta de cómo estaba la situación." El pensaba -- que había que educar a nuestro peón y ponerlo en condiciones de poder aprender lo que no sabe, tener responsabilidades e iniciativa; pues cuando tenga nuestro peón responsabilidad y la iniciativa para cultivarlo, entonces ya puede ser independiente. Mientras, después de tres siglos de haber estado como esclavo o como hijo de familia, no es posible entregarle la tierra de golpe y porrazo para que la destruya, sino para que la cultive. Zapata decía: qué comen si se ponen a apoderarse de todas las tierras que hay, sin medios para -- cultivarlas, qué comen. De hecho "vi que Zapata tenía más clara - la idea que los mismos que lo rodeaban Paulino Martínez, Antonio -- Díaz Soto y Gama, Santiago Orozco..." (9)

De hecho, Zapata toma una dimensión más humana, digamos más -- real, más popular y sobre todo factible de identificación con los -- mismos campesinos: "los Zapata, Emiliano y Eufemio eran charritos valientes que no se dejaban de nadie, y bravos... Emiliano era un hombre de bigote tupido, tenía un bigote poblado y grande, pero -- bien formado, era tipo moreno, no moreno muy pronunciado, no quemado como negro, no, moreno, moreno claro. Era alto, muy delgado y -- muy charro, muy buen charro... No era de los muy pobres, tenían -- sus tierritas y su ganadito y tenían sus buenos caballos. Y mire -- usted, que tener buenos caballos en esos tiempos, era... claro que un caballo valía por ejemplo setenta, ochenta pesos..." (10)

Y "con todo y su rudeza, su falta de preparación, era muy suspicaz, eso sí es cierto. Era un hombre que se ponía usted a hablar con él y nomás se quedaba con la vista así, y de vez en cuando nomás le veíamos la cara. Y de repente no, razonaba muy bien, tenía una inteligencia innata." (11)

A diferencia de tantas otras figuras "Zapata no era el agrarista que se creía... como acostumbran a actuar los políticos demagogos, que en repartir tierras a diestra y siniestra está la solución del problema. El decía: hay que procurar que la tierra que se va a dar, sea a la vez que colectiva, para varios, como explotación -- técnica y dirección inteligente y honorable que les haga productivo su trabajo. Porque estos muchachos son menores de edad, llevan siglos de ser educados como niños, de ser tratados como menores de -- edad, no tienen iniciativa propia, ni tampoco voluntad de actuar, -- siempre están mandados, y ahora necesitamos que ellos sepan mandarse a sí mismos." (12)

En ese sentido "tenía mucha más preparación que Villa. Tenía el conocimiento de la ciudad, de los elementos que la forman. De -- manera que era un hombre que veía con más claridad que todos el problema social, tal como se planteaba... con más claridad, más convicción y más efectividad". (13)

"No cabe duda que el zapatismo le dio espíritu, le dio ideales a la Revolución..." (14)

Para muchos revolucionarios "la imagen de los zapatistas era - la de hombres humildes, descalzos, con calzones blancos, no bien -- pertrechados ni organizados como los villistas." (15)

Y para muchos de estos hombres su vida, sus experiencias funda- mentales, se inician con su incorporación al movimiento zapatista y terminan precisamente con la muerte del caudillo en 1919. Parece-- ría que el tiempo histórico y personal se detuvo. Lo que les va su cediendo en casi un lustro determina su memoria y su sentido de vi- da.

"Entré al ejército como teniente, y pues realmente hasta peno- so es decir, pues casi no teníamos ninguna disciplina. Claro que - había respeto, pero de milicia no conocíamos nada, éramos campesi-- nos todos... Los grados nos los daban, por ejemplo yo considero -- que nos los daban como especie de, pues de un estímulo, porque como no recibíamos ni un centavo... solamente la comida que nos daban en los pueblos... En cuanto a las armas, algunas se las quitaban a -- los riquitos que tenían su escopeta 30-30, sus pistolas y había par tidarios que nos mandaban, de los pueblos... pues algunos cartuchos y algunos rifles... la cosa es que... tal vez parezca... que pues - el pueblo realmente nos quería, más bien el que hizo la revolución no fuimos nosotros, sino el pueblo, porque si el pueblo no nos quie- re ayudar, no podíamos hacer nada. Y, claro, el mejor armamento, - pues el que quitábamos al enemigo." (16)

Debemos "reconocer con todo valor civil, que entre los revolu- cionarios había gente que sí hacía cosas, pero no todos por ejemplo, pues salían algunos individuos que se dedicaban completamente a ro- bar... esos son los que nos desprestigiaron y los demás, pues usted sabe que les dolía que no nos podían dominar... por eso es que... - claro, vamos a llegar al punto donde hay que aclarar algunas otras cositas un poquito duras del otro lado... había autoridades munici- pales... o pueblos, que por ejemplo, hay también fuerzas de paz... entonces llegábamos y decía el jefe, cualquier jefe... que era supe- rior a todos... en tal parte se alojan todos... Entonces la autori- dad ordenaba su policía a los ciudadanos: que vayan a traer torti- llas, bueno, lo que fuera, si llevábamos caballo, pues que también



se junte zacate para los caballos y todo; así es que nunca no dejaban que metiera la mano nadie, para eso había orden para pedir." (17)

"Ya para 1916 estábamos más organizados... porque naturalmente que ya con los tiempos va uno viendo cómo se va organizando la gente, va uno escogiendo la gente, porque... muchas veces llega un individuo solamente para aprovechar alguna cosa, entonces ese hay que desecharlo." (18)

Poco a poco, también nos organizamos en los campamentos: "si en un campamento pues tiene que poner tres, cuatro o cinco avanzadas para que estén mirando de día y de noche, cambiándose a cada rato, porque si no, de lo contrario, le caen a uno, y le quitan todo y lo matan... En la mañana como de costumbre... temprano... el campesino... usted sabe que se levanta a las cinco, a las seis a -- más tardar... esperábamos el albazo de los contrarios. Nosotros ca si siempre nos preparábamos los alimentos, cuando llegábamos a algún pueblo, entonces las mujeres, las autoridades ordenaban que nos prepararan, y ahí ellas nos servían, pero en el campamento pues nos otros. Nos bañábamos en los ríos, y nosotros solos nos lavábamos - la ropa..." (19)

La vida de los campesinos levantados en armas, no impedía continuar con la rutina de la faena del campo. Poco a poco, se "acostumbraron" a la escaramuza, al ataque por sorpresa, a la guerrilla, y poco a poco también se disciplinaron y empezaron a tomar conciencia de las necesidades fundamentales de educación. Así nos cuenta uno de ellos: "ya para 1917, mi secretario me obligó a que yo empezara a aprender las letras... y ya sabía poner mi nombre... Cuando murió Zapata, ya sabía siquiera leer algo, culpamos a Carranza desde luego, porque no puede ser otro... Guajardo fue el instrumento. Luego hacia 1922 pedí mi licencia ilimitada... fui a mi tierra... - sentí mucha desilusión porque yo pensaba, claro, que tal vez recibiríamos algún estímulo, alguna cosa; pero no, entonces me regresé, - hice muy mal porque fui para mi tierra, y en mi tierra estaba cerca un señor Francisco J. Barbosa, que fue carrancista, ese señor quemó siete veces mi pueblo." (20)

Si el recuerdo de estos hombres está teñido de desilusión e incluso de un conformismo que puede parecernos desesperante, la suya es la remembranza de una forma de pensar, de una forma de vivir que ilustra una actitud mental determinada, en un momento determinante del proceso histórico nacional.

Zapata fue sin duda y sigue siendo la imagen de la rebeldía ante la injusta repartición del patrimonio nacional, la tierra. Y Zapata curiosamente, a diferencia de otros muchos hombres que hicieron, lucharon y definieron situaciones durante la gesta armada, es de -- los pocos, si no el único, que no lega de manera directa o indirecta sus memorias. No hubo un Bauche Alcalde, o incluso un imaginativo --no siempre efectivo-- Martín Luis Guzmán que, con el pretexto de una biografía, construyó una apasionada, interesante, aunque deformada imagen de Villa. No hubo siquiera un Miguel Trillo que tuviera la paciencia de recoger los recuerdos o los pensamientos del hombre del sur.

De ese "Atila" y azote de la burguesía terrateniente; de ese sujeto tachado de sanguinario por la prensa extranjera empeñada en su descrédito no quedó un recuerdo autobiográfico. Ello plantea -- una sería interrogante, que se hace más compleja aún si recordamos la importancia que en la literatura y en la plástica ha tenido Zapata como símbolo de la lucha del campesinado. Una figura que a veces se ubica como un santón, casi en el nicho de la heroicidad, como en el caso de Diego Rivera que insistía en sustituir las imágenes religiosas por otras de hombres de carne y hueso. Pero, finalmente Zapata no deja su propio testimonio, mas que a través de sus hombres, los que lo siguieron y lo recuerdan creativa y conmovedoramente.

Si la historiografía burguesa oficialista ha establecido papeles diferentes con respecto a hombres como Zapata y Villa, si de repente por arte y magia de la política de partido ambos son incluidos en el limbo de los héroes nacionales, si se apropian de sus -- ideales, se les despoja de su autenticidad, se les arrebatan sus -- concepciones sociales, justo es en última instancia que sean los propios campesinos quienes planteen las semejanzas y diferencias de esos dos hombres:

"Villa y Zapata eran distintos. Uno venía de un pueblo humilde. Ambos gente de rancho, campesinos. Ambos habían sufrido la tiranía de la arbitrariedad de jefes políticos... la gente del norte tiene un estándar de vida superior a la gente del sur y quizá sean menos incultos que la gente del sur." (21)

Ambos, "tenían comunidad de ideas... Nomás que uno y otro eran, creo yo, de tipo distinto. El general Zapata, claro que había vivido en un medio completamente distinto del general Villa. El general Villa había vivido en contacto con la gente nortea, que como ustedes podrán observar no obstante hasta hoy, tienen un poquito de más civilización (podría yo decir rememorando al general Villa), que la gente del sur... allá visten mejor, usan zapatos..." (22)

"El general Villa vivió en ese medio, muy distinto al precario en que vivió el general Zapata en el sur... Y... Zapata, no tuvo - los éxitos tan resonantes de Villa y Obregón, pues tenía pocas armas, hombres..." (23)

"Y... bueno, para mí la única diferencia estriba en que efectivamente el general Villa tenía más visión de las cosas... en primer lugar eso, y en segundo lugar tenía más arrastre con la gente. Pero en cambio para mí Zapata fue un ideólogo, que no tuvo las cualidades del general Villa como guerrillero, no tuvo grandes acciones de armas... y sin embargo... fue el verdadero apóstol del agrarismo." (24)

Indudablemente las posibilidades del trabajo analítico con este tipo de fuentes son múltiples. Los hechos descritos por los zapatistas se convierten en testimonios de gran valor, que a diferencia de los otros recursos documentales poseen la sencillez e ingenuidad que los textos fríos y deshumanizados no pueden proporcionar. Recuperamos así, para la historia, voces que de otro modo se perderían: la palabra de los zapatistas.

Noviembre de 1979.

## N O T A S :

- (1) Czeslaw Madajczk: "Nuevos Métodos". Acta Poloniae Historica. Varsovia 1976 (# 23), p. 169.
- (2) Entrevista al general brigadier Tiburcio Cuéllar Montalvo, realizada por Eugenia Meyer, el día 8 de marzo de 1973 en el Frente Zapatista, en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/45, p. 2.
- (3) Ibidem., p. 4.
- (4) Ibidem., p. 3.
- (5) Ibidem., p. 9.
- (6) Entrevista al general brigadier Manuel Sosa Pavón realizada -- por Eugenia Meyer, los días 5 de abril 9, 17 y 27 de mayo de - 1973 en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/48, p. 112.
- (7) Ibidem., p. 152.
- (8) Entrevista al señor Cayetano Hidalgo Salazar realizada por América Teresa Briseño, los días 31 de marzo, 4 de abril, 2 y 9 de mayo y 6 de junio de 1973. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/50, p. 64, 72.
- (9) Entrevista al señor Enrique M. Zepeda realizada por Eugenia Meyer el 24 de marzo, 3 de abril y 11 de mayo de 1973, en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/47, p. 94.
- (10) Manuel Sosa Pavón, Op. Cit., p. 22-24.
- (11) Ibidem., p. 160-165.
- (12) Enrique M. Zepeda, Op. Cit., p. 126.
- (13) Ibidem.
- (14) Enrique M. Zepeda, Op. Cit., p. 122.
- (15) Entrevista al señor Federico Cervantes realizada por Daniel - Cazés, en agosto de 1960, en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/1, p. 1.
- (16) Tiburcio Cuéllar, Op. Cit., p. 12-13.
- (17) Ibidem., p. 14.
- (18) Ibidem., p. 22.
- (19) Ibidem., p. 24.
- (20) Ibidem., p. 30-31.

- (21) Entrevista al teniente coronel Eduardo Angeles Meraz realizada por América Teresa Briseño, el día 8 de diciembre de 1972, en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/31, p. 55.
- (22) Ibidem.
- (23) Ibidem.
- (24) Entrevista al mayor Adán Uro García realizada por Laura Espejel, el 2 de febrero de 1973, en la ciudad de México. Archivo de la Palabra-INAH, PHO/1/41, p. 40.